



El médico
y una sociedad
más sana

Trabajo patrocinado del Premio Universitario de Ciencias

"El médico y una sociedad más sana", 2011

El médico y una sociedad más sana

Textos ganadores del Primer Concurso de Cuento

El médico y una sociedad más sana

Universidad Autónoma de Campeche

Campeche, 2012



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CAMPECHE

Mtra. Adriana del Pilar Ortiz Lanz
Rectora

Lic. Gerardo Montero Pérez
Secretario General

Lic. Manuel Sarmiento Morales
Coordinador General de Asesores

Lic. Delio R. Carrillo Pérez
Director General de Difusión Cultural

Dra. Xóchitl Georgina Poot López
Directora de la Facultad de Medicina

Primera edición 2012.

Título: *El médico y una sociedad más sana*

Colección: *Cuadernillos Literarios*

Copyright:

Universidad Autónoma de Campeche.
Dirección General de Difusión Cultural
Avenida Agustín Melgar s/n entre Juan de la Barrera
y calle 20, Col. Buenavista, C. P. 24039,
San Francisco de Campeche, Campeche.

Cuidado de la edición: Mtro. Pedro Ángel Ramírez Quintana

Imagen de la portada: “Ensayo de una catarsis” (detalle), obra
seleccionada en la IX Bienal de Pintura Joaquín Clausell, 2011.

Autor: José William Patrón Novelo

ISBN: 978-607-7887-36-2

Impreso en Campeche, México.

Prólogo

“El médico y una sociedad más sana” es el segundo tomo de la colección universitaria denominada *Cuadernillos Literarios*, que acoge los tres textos ganadores del homónimo primer concurso de cuento convocado por la Facultad de Medicina y la Dirección General de Difusión Cultural, dirigido a estudiantes de dicha Facultad.

En las siguientes páginas, el lector estará ante las anécdotas y experiencias médicas propuestas por los alumnos Gabriel Ortega, Miguel Durán y Carlos Lara. Sus textos fueron seleccionados entre 103 trabajos participantes. Con este ejercicio literario se induce a los estudiantes de la Licenciatura de Médico Cirujano a apreciar la importancia de las letras en su formación académica integral.

Esta publicación y las futuras son evidencias de mi compromiso ante la comunidad estudiantil por ofrecerle actividades que contribuyan a la apreciación de las artes en el ámbito universitario.

Mtra. Adriana del Pilar Ortiz Lanz
Rectora de la
Universidad Autónoma de Campeche

Índice

Mi temor a lo desconocido	7
Gabriel Abelardo Ortega Zavala	
Un simple sobado	15
Miguel Ángel Durán Méndez	
En un día nublado	21
Carlos Andrés Lara Maldonado	

Mi temor a lo desconocido¹

Gabriel Abelardo Ortega Zavala

*Nunca consideres el estudio como una obligación,
sino como una oportunidad para penetrar en el bello
y maravilloso mundo del saber.*

Albert Einstein

Con la mayor ilusión de ser un buen médico, fui en busca de mis documentos y de saber dónde me tocaba hacer el servicio. Fui con el temor de que me asignaran lejos del estado, consciente de que mis calificaciones y otros factores lo determinaban. Al preguntar, se hizo realidad mi temor. Al ver que a mis compañeros les tocaba en comunidades conocidas del norte del estado, como Calkiní, Tenabo, Hecelchakán, la pregunta en mi mente era ¿y yo en dónde? ¿Será en el sur del estado? ¿Carmen? ¿Palizada? ¿Champotón? Si es así, ya la hice; y me acordé de la comunidad de mi papá, pensando que

7

¹ Primer lugar en el Primer Concurso de Cuento “El médico y una sociedad más sana”. El autor es estudiante de 1^{er} año en la Licenciatura de Médico Cirujano, Facultad de Medicina.

la suerte me mandaría a Hool, ya que conozco a varias personas de este lugar. Pero mala fue mi suerte cuando me dijeron que era en El Retiro de la comunidad Ixpujil..., y hasta en mi inglés exclamé *What?*, hasta en el nombre llevaba la penitencia.

No era lo que había pensado, pero ni modos. Ya estando en casa, les comuniqué a mis padres lo que había pasado en la Facultad; los dos me miraron, con sus rostros desencajados por la noticia de que me iba a ir tan lejos. Un lugar donde ni mi propio padre había escuchado, y eso que él había viajado por el interior del estado. Él, con la dureza que le caracteriza, me dijo: "¿Te lo mereces, sí o no?, porque si tú hubieses mejorado tus calificaciones esto no estaría pasando". Y ahí pronunció su habitual consejo: "Esto es para que te forjes un carácter en tu vida y sepas lo que es amar a Dios en tierra ajena". Mientras mi pobre madre, con los ojos llorosos conteniendo sus lágrimas y con el Jesús en la boca, me dijo: "hijo de mi vida, cuídate mucho y compórtate que no estarás en casa ni en un lugar conocido".

Esto era por un lado; y por otro, yo con mis propios problemas: ¿Cómo despedirme de la novia, amigos y familiares? Además de todos los papeles

de salubridad que debería llevar para presentarme con el comisario ejidal de El Retiro. Lo más pronto que pude, me puse a investigar, pedí información en la misma Secretaría de Salud, les pregunté también por el anterior colega o por la enfermera; me enteré que el anterior doctor era de Hecelchakán y que no estaba en la ciudad, y que la enfermera era de la misma comunidad... Pasando por alto todos esos pormenores, con el boleto de autobús y la maleta lista en la soledad de mi cuarto, empecé a recordar las recomendaciones de los doctores que conocí en mi práctica e internado y uno que otro consejo de mis amigos ajenos a esta profesión, ya que nunca están de más...

9

Justo antes de subir al autobús, mi madre me dio sus bendiciones, mi padre me abrazó deseándome suerte y mis hermanos me miraban como si nunca fuera a regresar con ellos. Decidido tomé el camión. Con la carga de todas mis inquietudes, me puse a revisar un libro de medicina tratando de estar más preparado...

En eso me vino el recuerdo de don Víctor y doña Sara, dos grandes amigos de la familia, y de las desafortunadas circunstancias en las que falleció don Víctor. Me había contado doña Sara que todo empezó

10 como un día normal para ellos que son de campo, se levantaron muy temprano, vieron sus plantas de hortaliza y recorrieron su solar lleno de naranjas; después, tomaron el camión que va a Ciudad del Sol para dirigirse a la unidad médica del IMSS de dicha comunidad. Don Víctor iba a realizarse un chequeo de rutina, ya que años atrás había perdido parte de su pierna, es decir, hasta la rodilla debido a la diabetes y el alcoholismo, pues por este vicio tuvo un accidente en la pierna derecha. Contaba doña Sara que todo era rutinario, que la propia doctora que lo
10
checó les dijo que todo estaba normal con su control del azúcar, que el riñón estaba bien... Pero, por su parte, don Víctor le hizo referencia a la doctora que en la espinilla de su pierna izquierda y en su pie tenía comezón, como si sufriera de salpullido, y le enseñó unos manchones rojos en dicha extremidad, según él por rascarse mucho. La doctora le mencionó que posiblemente era erisipela, una enfermedad producida por una infección en la piel; y le ordenó que dejara de tomar por un tiempo, ya que le daría un antibiótico para curar la comezón de su pierna. Le recetó dicloxacilina. Ya con el medicamento en mano y sin nada que hacer en Ciudad del Sol, a las 8:30 a.m., regresaron a su pueblo que está a

unos veinte minutos de esta ciudad. A las 9:00 a.m., estaban desayunando en su casa, todo era un día más en su cotidiana vida campestre.

Pero don Víctor decidió empezar su tratamiento para su pierna que le picaba mucho, tomó su primera dosis y apuntó sobre la caja del medicamento las horas en que se las debía tomar. Entonces exclamó a doña Sara: "Dame un vaso con agua". Doña Sara se dirigió a la cocina en busca del vaso mientras le decía: "Tómalo con tu café"; y él contestó: "No señora, lo tomaré con agua". Tomó su cápsula y se dispuso a tomar su desayuno, que eran unos frijolititos refritos, huevos estrellados y tortillitas hechas a mano, su salsa de chile habanero con cebolla y su gran taza de café: un desayuno deseable.

11

En eso estaba, cuando empezó a toser y a ahogarse. Doña Sara pensó que él le estaba jugando una broma, y le dijo: "Deja de hacer eso, viejo, no estés molestando". Pero él, entre señas y con la poquita voz que le salió, le dijo: "Me ahogo", y devolvió la poca comida que tenía en la boca. Doña Sara, al ver el estado de su esposo, le empezó a dar de golpes en la espalda para desahogarlo y le sopló con una toalla... Y ni así se le quitaba ese cuadro que tenía. Entonces, un conocido que pasaba por

su casa escuchó y vio lo que sucedía y —como en el pueblo todos se conocen— entró a prestarle ayuda; lo sujetó por el pecho, lo puso de pie, lo apretó para ver si don Víctor devolvía algo de lo que había comido.

Al ver que esto no daba resultado y que don Víctor cambiaba de color, primero se puso muy rojo y después un poco morado en los labios, señal de que se estaba asfixiando, desesperada doña Sara salió pegando de gritos de su casa; por suerte, pasaba el taxi del pueblo. Doña Sara lo detuvo de su marcha; el chofer le preguntó qué sucedía y ella le respondió: “Mi marido se ahoga y se me muere”. El chofer entró a buscar al paciente y con la ayuda del conocido que intentaba darle primeros auxilios lo sacaron de su casa, lo subieron al taxi y se dirigieron hacia la carretera para llevarlo otra vez a Ciudad del Sol.

12 No habían avanzado mucho cuando don Víctor se desmayó, y optaron por regresar al pueblo para llevarlo al Centro de Salud. Aun cuando llegaron a dicho Centro, don Víctor no regresaba en sí. Varias personas tuvieron que bajarlo del taxi y lo metieron al Centro de Salud para que lo atendiera la doctora, quien inmediatamente le dio los primeros auxilios... Pero don Víctor ya estaba en un cuadro de salud muy

difícil para poder salvarle la vida, y más ahí, en un Centro de Salud donde solamente dan los primeros auxilios. “Ya era demasiado tarde, don Víctor ya nos había dejado”, dijo doña Sara, “todo pasó tan rápido y nadie se lo esperaba”.

Ella nos comentó que la doctora le había dicho que el medicamento le produjo una alergia a don Víctor, es decir, que él era alérgico a la dicloxacilina, por lo cual se le cerró la garganta y no pudo respirar. Eso fue lo que lo mató. Todo por no saber que era alérgico a ese antibiótico. Doña Sara recordó que en su expediente se había registrado dicha reacción alérgica a ese medicamento y, que incluso, cuando lo operaron de la pierna no se lo habían recetado.

No sabía por qué había recordado tal anécdota y para qué..., después me di cuenta que todo este relato me había hecho reflexionar y me enseñaba que debía estar más atento durante las entrevistas con los pacientes: si tienen resultados de laboratorio, checarlos con esmero, y preguntarles si son alérgicos a algún medicamento. También me hizo recordar el consejo de uno de mis amigos que trabaja en una farmacia: “Aprende a escuchar y tomar decisiones, porque el paciente empieza a decirte su enfermedad y termina auto recetándose”.

En eso estaba, buscándole sentido a todo esto y tratando de sacar lo mejor de mí para brindar un buen servicio cuando sonó mi celular, y abrí los ojos... No estaba en el camión, estaba en mi cuarto con mi libro todavía de primer semestre en el pecho: ¡me había dormido mientras estudiaba para el examen del lunes! Y ahora mis preguntas de todos los días serán: "¿Llegaré a mi servicio médico?, ¿a qué lugar me mandarán?, ¿se harán realidad mis sueños?" No lo sé, pero de ahora en adelante este sueño me hará valorar cada aprendizaje nuevo y será mi columna de inspiración para estudiar.

Un simple sobado²

Miguel Ángel Durán Méndez

Había una vez un niño llamado Tomás, sus padres habían muerto en un accidente, así que él vivía con sus abuelos. Su abuelo, en la infancia, aprendió de un viejo curandero el arte de curar sobando a las personas; cuando creció, él se convirtió en el sobador del pueblo donde vivía.

A Tomás le gustaba acompañar a su abuelo al campo y ver cómo su abuelo ayudaba a las personas del pueblo mediante sobados, y cómo les aliviaba el dolor que sentían. En el transcurso del tiempo, Tomás aprendió de su abuelo a hacer los sobados.

Cuando Tomás ya contaba con 17 años de edad, salió con su abuelo al campo. Y mientras estaban de camino a casa de una persona a la que iban a ayudar, el abuelo cayó en un hueco de tusa torciéndose y luxándose el tobillo. Tomás llevó a su abuelo de vuelta a la casa, lo vendó y lo acostó en la

15

² Segundo lugar en el Primer Concurso de Cuento “El médico y una sociedad más sana”. El autor es estudiante del 1^{er} año en la Licenciatura de Médico Cirujano, Facultad de Medicina.

cama. El abuelo, con este accidente, se encontraba imposibilitado para ayudar a los habitantes de su pueblo, por lo menos, durante todo un mes; así que Tomás tenía que suplir al abuelo.

En el transcurso de ese mes, Tomás se sentía impotente y menospreciaba el trabajo de su abuelo, ya que se daba cuenta de que muchas veces los sobados no eran suficientes para mejorar del todo o curar al enfermo, y que hacía falta mucho más que solo sobados. Cuando el abuelo se recuperó y volvió a su puesto de sobador, Tomás habló con él, le pidió que le enseñara más, que ya no quería hacer simples sobados que eran inútiles muchas veces, que quería ayudar a los habitantes de su pueblo y a todos los que pudiera. El abuelo le respondió: "Yo ya no soy capaz de enseñarte más, te he enseñado todo lo que sé; pero en mi juventud, ayudé a un muchacho, quien estoy seguro te puede ayudar. Ve a la ciudad y búscalos; cuando lo encuentres, dile que eres mi nieto y que le pido que, por favor, me devuelva la ayuda que hace muchos años le hice". El abuelo le dio el nombre y los datos de la persona; también le narró la forma en que le ayudó cuando era niño. Al oír esto, Tomás se quedó desconcertado, ya que no entendía de lo que habla su abuelo, pero

decidió confiar en él. Y se embarcó en un viaje que cambiaría su vida por completo.

Al llegar a la ciudad, Tomás empezó la búsqueda exhaustiva de esa persona a la que su abuelo ayudó. Él nunca había salido de su pueblo, por lo que pensó que su búsqueda sería fácil; pero cuando llegó a la ciudad, se dio cuenta de que estaba muy equivocado. Pasó un año..., hasta que Tomás encontró a la persona que su abuelo había ayudado: era ahora un médico. Tomás habló con él y le dijo exactamente lo que su abuelo le había dicho, y lo que él mismo deseaba hacer. El médico entendió y decidió ayudarlo. Lo mandó a la mejor escuela de medicina de la región.

Después de que el médico observara el comportamiento de Tomás respecto a la escuela y a la medicina, se dio cuenta del potencial y del hambre de conocimientos que este poseía. Y decidió llevarlo consigo a su consultorio para que aprendiera un poco más. Conforme pasaba el tiempo, Tomás asistió primero al consultorio y luego al quirófano a observar las operaciones que hacía dicho médico. Con respecto a la escuela, Tomás era el primero en todas sus clases, no faltaba a ninguna, siempre era puntual y cumplido; todo esto ponía al médico feliz.

Durante este periodo de preparación, el médico y Tomás desarrollaron una relación semejante a la de padre e hijo.

Unos años después, Tomás se graduó de la escuela de medicina con el más alto promedio de su generación. Sin embargo, Tomás decidió quedarse unos años más con el médico hasta que un día determinó que ya era hora de volver a su pueblo a completar lo que había dejado. El médico lo vio partir con tristeza y, a la vez, se alegraba porque sabía que Tomás haría el bien durante su vida y se convertiría en un excelente médico.

18

Ya en su pueblo de origen, Tomás se dirigió a su casa. Al llegar, solamente encontró a su abuela, quien le informó que su abuelo había fallecido hacía ya un par de años por una enfermedad. Tomás se reprochó porque si él no se hubiera quedado con el médico, y hubiera regresado a su pueblo cuando recién acabó medicina, hubiera salvado a su abuelo. Ante estas circunstancias, Tomás se bloqueó mentalmente y entró en depresión.

Unos meses después, su abuela decidió que ya era hora de hablar con él; le explicó todo lo que su abuelo le había encomendado. Además lo reconfortó diciéndole que no era culpa suya el hecho de que

su abuelo haya muerto, sino había sido tan solo el llamado de Dios para estar con Él y disfrutar de las recompensas bien merecidas.

Tomás se dio cuenta de que su abuela estaba en lo cierto y decidió salir de nuevo a ayudar a las habitantes del pueblo, razón por la que muchos años atrás había decidido irse de casa. Al hacerlo, Tomás empezó a auxiliar con lo que aprendió en la escuela de medicina a las personas que su abuelo cuidaba. Pero no realiza sobado alguno, ya que él los consideraba obsoletos y en muchos casos inútiles. De una excelente manera, su fama creció y se expandió a otros pueblos cercanos, hasta hacerse tan grande y llegar a la ciudad: ya no solo atendía a las personas de su pueblo, sino también a las de los pueblos cercanos y a las de la ciudad.

Un día el médico, tutor de Tomás, cayó en una enfermedad muy grave, y no había alguien en la ciudad capaz de ayudarlo. Un amigo le dijo que, en un pueblo cercano, se encontraba un médico tan excelente que, se decía, podía curar a cualquiera. El médico, al oír esto, le entró la curiosidad, ya que había oído hablar varias veces de este médico a través de sus pacientes..., y decidió ir a verlo. Cuando llegó al pueblo de este famoso médico, no le costó trabajo encontrar la casa-consultorio, pero sí

tardó en llegar a él, ya que había una gran cantidad de gente esperando ser atendida. Al caer la noche, los pacientes regresaron a sus casas para volver al día siguiente a ver al médico.

El médico-tutor tocó la puerta. Al abrir, Tomás se sorprendió de que su bienhechor y maestro había ido a visitarlo; también notó que este no se encontraba en buen estado de salud, y le preguntó cómo se encontraba. El médico le contó a Tomás todo lo que tenía, y que ya había visitado varios doctores y nadie sabía cómo ayudarlo. Tomás intentó todo lo que aprendió en la escuela de medicina pero nada funcionó. El médico se quedó varios días en casa de Tomás y, en una de sus pláticas, hablaron del abuelo; entonces le vino a Tomás una idea como un rayo de luz, e interrumpió a su tutor para preguntarle que si podría tratar con algo más. El médico aceptó: "Ya no tengo nada más que perder, pero sí mucho que ganar". Tomás durmió al médico según enseñanzas de su abuelo y le hizo lo que tenía que hacerle para ayudarlo.

Cuando su tutor despertó ya no se sintió enfermo y le preguntó qué había hecho, cómo lo había ayudado. Tomás respondió: "Un simple sobado hizo la diferencia".

En un día nublado³

Carlos Andrés Lara Maldonado

Un médico siempre se ha basado en las teorías científicas, sin relacionar el proceso de la salud-enfermedad, por consecuencia, de aspectos divinos o paranormales. Un médico siempre tiene presente que esas no son razones ni motivos para aliviar una enfermedad; incluso, muchos médicos no creen en religiones por las mismas teorías. Todo lo relacionan a la ciencia, o eso es lo que decía Fernando Rosales, un joven estudiante de medicina a punto de concluir con sus estudios, esperando que terminara su año de residencia en el pueblo de Maluco, ubicado al este de Oaxaca.

21

Fernando ya se encontraba finalizando su año residencial; había vivido muchas experiencias, pero recuerda una en especial que le sucedió unos meses atrás.

³ Tercer lugar en el Primer Concurso de Cuento “El médico y una sociedad más sana”. El autor es estudiante del 1^{er} año en la Licenciatura de Médico Cirujano, Facultad de Medicina.

22 Era un día nublado. Había llovido un poco la noche anterior; y a pesar de que no llovió tanto, permanecía la humedad en todo el entorno; el viento soplaba suavemente. A pesar de la ausencia del sol, era cálido; lo cual hacía un clima perfecto para un domingo, para el día en que Fernando Rosales se hiciera cargo del centro comunitario del pueblo de Maluco, ubicado al este de Oaxaca, donde se encontraba haciendo su año residencial. Había quedado al frente de dicho lugar debido a que estaría ausente su tutor y profesor, el doctor Luis Pérez y Verónica Flores, la enfermera y mano derecha del doctor, que igual había viajado pero nadie sabía a dónde. Se rumoraba que ya se había cansado del rutinario modo de vida y había decidido volver a Puebla, de donde era originaria. No era nada agradable, debido a su mal carácter. Sin ellos en el centro comunitario, Fernando debía arreglárselas solo por dos días.

Él ya había adquirido experiencia con ambos, y aplicaba bien las técnicas y los conocimientos adquiridos bajo el mandato del doctor. Parecía, incluso, ya ser todo un médico con título. Realmente era bueno, a pesar de que Maluco no era una gran ciudad metropolitana o lujosa. Mostraba aprecio

por la gente de ahí y esta le correspondía. Los habitantes del pueblo veían al doctor y a Fernando como personas máximas, con poderes curativos; creían que ellos eran capaces de curar todo tipo de males, debido a que habían ayudado a discontinuar la epidemia de cólera que había sufrido el pueblo unos meses antes.

Ya eran las 3:30 a.m., y todo parecía tranquilo en el centro. El joven estudiante comenzó a checar las pocas habitaciones que había: observó si doña Toña, una señora que había llegado al hospital gravemente herida por un vidrio, estaba bien; también checó al pequeño Juan, hijo de don Clemente (dueño de la única panadería del pueblo), quien había enfermado de cólera, pero que sanaba exitosamente; luego se dirigió a la cama de Mercedes, la esposa de José (capataz del rancho de Maluco), para ver qué tal seguía después del parto. Todos sus pacientes estaban en completo reposo y recuperándose. Después de checar las habitaciones —que solo eran dos—, pasó a la habitación de fondo, donde tiempo atrás había visto a una señorita, o al menos eso le parecía...

Ahí estaba ella, parecía dormir profundamente. Fernando entró con cuidado para no despertarla;

cosa que no logró, porque enseguida abrió los ojos.

—Disculpe, no era mi intención levantarla. Dígame, ¿usted lleva tiempo aquí? —preguntó Fernando, intrigado.

Comenzó a soplar un viento frío, que logró entrar a través de la ventana y se extendió por toda la pequeña habitación. Gobernaba un silencio que se prolongó durante unos instantes.

—Podría decirse que sí, pero nadie lo nota —respondió ella con un acento muy suave, tan frágil que parecía más un murmullo.

24 —No logro entender... ¿Qué es lo que usted tiene? ¿Por qué está aquí? —Preguntó muy intrigado el joven.

Hubo otra pausa en la conversación, parecía un ambiente tenso y no muy cómodo; pero a pesar de sentir eso, él no quiso marcharse. Realmente le interesaba saber sobre su caso.

—Usted es el médico, ¿no es así? Debería de ser usted quien responda esas cuestiones. Llevo mucho tiempo esperando una respuesta a todas mis dudas, pero jamás me responden. Me he resignado a quedarme en este lugar...

Fernando estaba sorprendido por aquellas palabras. El doctor Luis ni mucho menos Verónica le

habían mencionado acerca del caso de esta señorita. Se preguntaba por qué no le habían comentado acerca de ella y cómo era posible que él, antes, no hubiese investigado más al respecto.

—Lamento no poder informarle al respecto, pero sepa usted que yo no estaba informado de su caso...

—¡Era de esperarse! Soy una enferma olvidada en un cuarto viejo y lleno de polvo. Yo debería de estar en mi casa, con mi mamá y mis tres hermanos pequeños; o debería de estar estudiando la universidad en la capital, pero estoy aquí, tendida en una cama y sobretodo, sola...

25

El joven estudiante la observó y se dio cuenta de que dicha señorita presentaba síntomas distintivos del cólera: decaimiento, manos arrugadas, hipotensión, pulso débil, cianosis y una deshidratación excesiva. Observó que ella ya estaba en sus últimas. Hubo silencio durante un largo rato, solo se lograba escuchar el viento y los crujidos de las ramas que se asomaban por la ventana.

—La gente de este pueblo es muy ilusa. Piensan que un doctor como usted puede curar todos los males que tenemos, y no es así. Ustedes no pueden decidir quién vivirá y quién no, no pueden hacer

que un muerto resucite, no pueden hacer que los familiares de un muerto dejen de sufrir..., realmente ustedes no ayudan de mucho, más que a prolongar la agonía de la muerte.

Fernando solo escuchaba. No sabía qué decir. Había visto tantos casos en su vida. Recordó al primer paciente grave que había atendido en el centro comunitario: Raúl, hijo de doña Toña, que presentaba una gran herida abierta en el brazo, causada por una riña entre él y un hombre desconocido, quien con un machetazo logró lastimarlo gravemente. Tanto él como el doctor Luis salvaron su brazo de una gangrena segura. También recordó el caso de la hija de don Soriano, dueño de la tienda de abarrotes del centro, quien había quedado ciega de un ojo debido a un fuerte golpe en la cabeza; este había sido uno de sus casos más difíciles porque no sabía cómo decirle al don Soriano que su hija jamás recuperaría la vista del ojo izquierdo; recordó igual cuando llevaron a Luisa, la hija de doña Gloria (dueña de la casa donde rentaba Fernando), a la capital para hacerle una cirugía a corazón abierto... Había tenido tantas experiencias durante su vida en el pueblo, pero sentía que nada podía superar lo que él estaba viviendo en estos momentos: ver agonizar a una paciente, cuya existencia desconocía.

—Bien, en eso tiene toda la razón, nosotros no somos dioses ni curanderos ni seres máximos ni nada por el estilo. Cumplimos con nuestro trabajo y lo único que queremos es ayudar a los habitantes de este pueblo; también, cumplo con mi año de residencia para poder graduarme.

—Es bueno saberlo, aunque no entiendo mucho lo que usted me dice. En fin, no importa. Ya tenía tiempo que lo sabía, que iba a morir..., todo por no hacer caso al doctor Ibáñez. Él nos dijo que no consumiéramos el agua del pozo, pero no hicimos caso... En realidad, yo sí hice caso, pero el dinero de mi mamá no era suficiente como para comprar agua purificada y, ahora que recuerdo, no había llegado tal servicio al pueblo. Mis dos opciones eran “o tomaba agua o moría”, y decidí tomar el agua de aquel pozo..., pero es gracioso, de todas maneras iba a morir...

—¿Doctor Ibáñez? Debe usted estar equivocada, querrá decir, el doctor Pérez. Es el único doctor que hay en este lugar, y yo que estoy a punto de recibirme. Mire, lamento de verdad que esto le haya pasado..., no entiendo la actitud del doctor y de la enfermera ni el porqué me han ocultado este caso. No quisiera creer que es negligencia por parte

de los dos. Hubiera querido tratar su caso desde el principio, para poderla ayudar...

La señorita sonrió fríamente, expresando algo aterrador en su rostro que Fernando no lograba entender. Él sintió escalofríos pero no hizo caso, culpó al viento de tal efecto. Solo la observaba, sin dejar de preguntarse por qué le habían ocultado el caso. De repente, Fernando comenzó a ver borroso, veía luces de colores y notaba que todo giraba alrededor de él, como si estuviera en la rueda de la fortuna..., presentaba un fuerte dolor de cabeza; logró amortiguar su caída inclinándose de rodillas, y así acostarse lentamente en el piso.

28

—Ya me ha ayudado, gracias por escucharme, joven médico. Mi nombre es Ana Rueda... —Dijo aquella señorita. Su voz parecía alejarse lentamente, como si estuviera saliendo por la ventana. Todo quedó en silencio y totalmente oscuro.

Cuando Fernando abrió los ojos, se encontraba en la cama que le correspondía a Mercedes, ya que ella había sido dada de alta. No recordaba, en ese momento, lo que le había sucedido, y a la primera persona que vio fue al doctor Luis.

—¡Doctor!, realmente no sé qué hago aquí... —dijo el joven con una voz débil, debido al desmayo

que había sufrido.

—Tranquilo muchacho. ¡Vaya que sí nos pegaste un susto! Sufriste un desmayo, nada grave al parecer; pero no te preocupes, ya estás mejor.

—Y..., ¿cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Dos días.

—Siento que dormí media hora —bromeó con el doctor respecto a lo sucedido.

Fernando recordó a Ana, la señorita aquella de la habitación del fondo; recordó que estaba agonizando y que ni el doctor ni Verónica le habían contado al respecto.

29

—Doctor..., ¿qué ha sucedido con la paciente del cuarto de fondo?

El doctor Luis lo miró sorprendido, con una cara de que no entendía lo que estaba sucediendo.

—¿Paciente? ¿Cuál? —agregó el doctor— Fernando, muchacho, en el cuarto de fondo no hay nadie. Tiene tiempo que no lo usamos...

La cara de sorpresa del joven era obvia. No entendía lo que pasaba. ¿Acaso él se había imaginado a Ana? ¿Qué es lo que ocurría? Pero no preguntó nada, solo se quedó pensativo.

—En ese cuarto, hace aproximadamente veinte años, mi profesor, el doctor César Ibáñez,

atendió varios casos de cólera en este pueblo. En ese tiempo no había un centro comunitario ni había recursos para salvar a todos los habitantes del pueblo, pero él se esforzó por ayudar a todos. En la mayoría de los casos lo logró exitosamente menos con una desdichada chica, que tenía la enfermedad muy avanzada; realmente, no había mucho que hacer por ella...

—¿Y quién era ella? —Preguntó, mostrando un gran interés en el tema.

30 —Ana..., creo que Ana Rueda. Era hija de una señora que vendía tortillas aquí en Maluco. Esa muchacha murió de una manera muy triste. Su mamá, al enterarse de la enfermedad que tenía, decidió abandonarla en este lugar, engañando a todos con el argumento de que iba a Puerto Escondido a dejar a sus otros tres hijos a casa de su hermana para poder atender mejor a Ana. Pero jamás volvió. Murió sola, es lo que me contó el doctor Ibáñez —respondió el doctor—. Es una lástima morir de esa manera...

Fernando sonrió, mientras observaba a través de la ventana que los árboles seguían moviéndose, crujiendo, a pesar de no haber viento.

—Creo que ya no es tan desdichada —aseguró.

—¿Por qué crees eso? —cuestionó el doctor, algo extrañado.

—No, por nada —finalizó la conversación.

Muy en el fondo, Fernando seguía cuestionándose de lo sucedido... ¿Qué había sido eso? ¿Acaso ese hecho era real o había sido un espejismo, una ilusión, un fantasma? Siempre permaneció con la duda. La ciencia médica no admite este tipo de sucesos. Él no perdía de vista la regla elemental de un médico: no creer en principios paranormales, porque era ir en contra de la ciencia. Sonrió, se dio la media vuelta y fue hacia donde estaba el doctor Luis, quien atendía a dos nuevos pacientes con cólera. Lo ayudó con la aplicación de medicamentos, mientras Fernando observaba de nuevo, con curiosidad, el cuarto de fondo donde aquella señorita ya no estaba. Miró hacia el cielo, observó que de nuevo el día estaba nublado, tal como el día que conoció a Ana.



La presente edición de
"El médico y una sociedad más sana"
se terminó de imprimir en Marzo de 2012
Obra elaborada en los talleres de
AB Industrial Gráfica del Sur S.A. de C.V.
bajo los auspicios de la
Universidad Autónoma de Campeche.
500 ejemplares.